

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO  
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

## SEXTA DENUNCIA

También ha sido denunciado el último número de DON QUIJOTE. Decididamente, el señor fiscal siente una predilección, que no sabemos cómo agradecerle hacia este humilde periódico.

¿Motivo de la denuncia? La reproducción en nuestras columnas de una poesía, hermosa como todas las suyas, del malogrado Segovia Rocaberti. Esta poesía forma parte del libro *En la brecha*, publicado ya hace muchos años, y cuyo libro, que nosotros sepamos, no ha habido fiscal que se haya atrevido á denunciarlo.

¿Es que esos versos, por el hecho de haberlos trasladado á nuestras columnas, pueden constituir ya motivo de denuncia y materia de delito?

Esperamos—sentados, por supuesto—una respuesta á esta pregunta.

\*\*

Parece que hay el propósito decidido de molestarnos.

Venimos combatiendo al Gobierno con templanza, en nosotros desusada, prefiriendo siempre en nuestros escritos el empleo del razonamiento al del apóstrofe, y del consejo á la amenaza. Y á pesar de esto se nos denuncia, se nos trata con un rigor verdaderamente irritante por lo arbitrario.

¿Es que se nos quiere lanzar fuera del camino de la legalidad? ¿Pues mucho cuidado, porque nosotros somos de los que no se arredran ante el cumplimiento del deber, como ya lo hemos demostrado en otras ocasiones! Y no tenemos más que decir.

## CUESTIÓN DE SOBERANÍA

De tal suerte el aspecto económico de los problemas políticos aclara y simplifica aun aquellos que vienen siendo tradicionalmente oscurecidos por los más engarabitados sofismas, que bien puede decirse es la economía á la política algo así como las matemáticas á la física; un modo de expresión en que adquieren precisión y certidumbre, leyes y relaciones que, sin su auxilio, quedarían vagamente entrevistas é indeterminadamente formuladas.

Sirva de ejemplo, sin ir más lejos, el tan debatido problema de la soberanía. ¿A quién pertenece? ¿Al rey? ¿Al pueblo? ¿A entrambos por partes iguales? Mientras nos agitemos en los limbos de la teoría cabe sostener sobre el particular cualquier dislate. Pero examinemos ese vínculo económico que liga al pueblo con el rey y que lleva en el siglo el nombre de lista civil. Al más lerdo se le ocurrirá al punto preguntar: ¿es el rey quien paga la lista civil al pueblo ó el pueblo quien la paga al rey? Y resuelto este sencillo problema, se seguirá al punto la solución del relativo á la soberanía, sin más que acudir al trivialísimo proverbio conforme al cual el que paga es el verdadero conde.

Para mantener su soberanía tiene el pueblo, en último extremo, el derecho de insurrección. No es esta una proposición peligrosa y vitanda, sino una verdad como un templo, admitida por todo el mundo. Quien denunciare tal aserto ante los tribunales tendría que someter á su fallo á todos los tratadistas de Derecho público, desde el revolucionario Rousseau hasta el ser-

fico Taparolli, de la Compañía de Jesús. Sería un semillero inagotable de procesos.

¿Cómo puede usar el pueblo de ese derecho, cuando la ocasión imperiosamente lo imponga? He aquí el punto donde aparecen más claras las ventajas del aspecto económico que á la sazón revisten todos los problemas sociales y políticos. Para ponerlos de manifiesto basta establecer una sencilla comparación entre una revolución armada y lo que pudiéramos llamar, siguiendo la temología en uso, una huelga tributaria.

Un país, oprimido por sus poderes y que anhela sacudir su yugo, acaba por hacer una revolución. Pero ¡cuántas vacilaciones experimenta antes de lanzarse á los azares de la lucha! ¡Con qué profunda repugnancia llega á apelar á la razón suprema de la fuerza! ¡Qué de conatos reprimidos, qué de intentos frustrados! ¡Qué de sangre derramada, qué de odios, qué de desdichas, qué de lágrimas! ¡Cuán hondo quebranto sufren, aun triunfando el derecho, los grandes intereses sociales! ¡Con qué pena se ve sucumbir en la calle al pobre soldado, mientras los verdaderos culpables transponen la frontera y se van al extranjero á gastarse alegremente las riquezas mal adquiridas! ¡Qué estímulos encuentran en esas discordias los intentos de la violencia y la barbarie! ¡Cuán efímero suele ser el triunfo revolucionario de lo justo y cuán de cerca suelen seguirle las reacciones restauradoras de la vieja iniquidad!

Suponed á ese mismo pueblo, un pueblo hipotético cualquiera, oprimido y resuelto á emanciparse. Dejad que en él alcance la opinión pública un alto grado de desarrollo. Para ver hundirse á sus tiranos, sin sangre, sin lágrimas, sin perturbaciones, sin lucha, bastará que la mayoría de los contribuyentes rehuse aflojar la mosca. Es una determinación que cabe en los términos de lo lícito. El ciudadano se deja apremiar, embargar, subastar, rematar. ¿Qué Gobierno hay capaz de hacer frente á las dificultades de semejante situación?

Se dirá que, de presente, es eso una utopía; pero las utopías de hoy ¿no son muchas veces las realidades de mañana? Nosotros tenemos por cierto que ese procedimiento ha de ser el que preserve en el porvenir á los pueblos del imperio de la tiranía. Porque ¿qué aprovechará que un Guillermo ó un Humberto se obstinen en matener la paz armada el día en que el contribuyente alemán ó italiano se nieguen á dejarse arruinar por el gusto de estar apercebidos para romper la crisma á sus vecinos? ¿De qué valdrá, por ejemplo, corromper el sufragio ó suplantar la representación nacional, si la nación rehusa pacíficamente pagar las cargas que sobre ella acumulen sus supuestos representantes? ¿Qué Rostchild querrá prestar dinero á Gobiernos á quienes los ciudadanos no quieran pagar los tributos? ¿Quién comprará todos los bienes inmuebles de una nación, sacados á subasta y puestos en almoneda?

Aunque el negarse á pagar la contribución, someténdose á las consecuencias, sea de suyo un acto legítimo, no penado por el Código, y aunque la excitación á un acto legítimo no pueda, en términos de justicia y ley, ser tenida por pecaminosa, nosotros nos curamos en salud asegurando de todas veras al señor fiscal que á nadie excitamos á eso ni á ninguna otra cosa. Hablamos en tesis general, por amor á la teoría: nada más. Mal podemos olvidar que un Gobierno «liberal» declaró

## LO IDEAL Y LO REAL

Cierto gato adolescente, y por ende soñador, hablaba á su preceptor de la manera siguiente:

—Maestro, he dado en pensar que sería un gran placer tener alas y poder dejar la tierra y volar; y ver qué son las estrellas y de dónde están colgadas; si hay almas enamoradas que nos aguardan en ellas; ver del mundo los confines, y saber si el firmamento es el blando pavimento que pisan los serafines; saber por qué sinsabores, apenas nacer la aurora, brillantes lágrimas llora con que se adornan las flores...

Alas quiero, si, señor; alas y poder volar y para siempre dejar este mundo engañador.

—¡Esas ideas propalas!— con sorna el otro le dijo.— ¡Bah! ¡Áfila las uñas, hijo, que valen más que las alas!



años pasados culpable la tal excitación, pese á la razón y á las leyes. Cuanto más que nosotros seremos radicales; tontos, no. Y fuera supina tontería incurrir en responsabilidades por el hecho de excitar á las gentes á una resolución que, en el actual estado de las cosas, no adoptarían ni pueden en manera alguna adoptar.

Conste, pues, nuestra inocencia. Si el presupuesto Villaverde levanta en el país entero tremenda polvareda, no será nuestra la culpa. Nosotros, gentes especulativas, nos limitamos á dejar sentada esta afirmación doctrinal, con honores, por su evidencia, de axioma, á saber; que en todo estado, sea el que fuere, no existe en realidad otro soberano sino el contribuyente, y que la soberanía de este tal reside en el bolsillo del chaleco.

ALFREDO CALDERÓN.

## QUE SE APLIQUE EL CUENTO

Van á subir el café, el azúcar y el tabaco, y si no viene el tío Paco con la rebaja, no sé, tras de esta lucha tremenda que se ha empezado á iniciar, cómo se las va á arreglar nuestro ministro de Hacienda.

Creyó fácil y sencillo salvar esta situación, y hoy le pone la nación Villaverde y amarillo.

Yo lo encuentro natural. ¡Justo es que proteste, sí! ¡Hasta me ha subido á mí la cédula personal!

Y como si no la pago y la presento después, no cobro al final del mes, díganme ustedes: ¿qué hago?

Pues lo que cualquiera haría; resignarme ante el aumento, y que se repita el cuento de aquel padre que tenía seis chicos y, para ahorrarse, discutiendo á su manera, daba un real al que se fuera á la cama sin cenar.

Y al levantarse el muy tano, deseando hacerse rico, exigía á cada chico un real por el desayuno.

.....

Acaso alguno no entienda lo que demostrar intento... pero que se aplique el cuento nuestro ministro de Hacienda.

JOSÉ RODAO.

## AÚN ES TIEMPO

Ya se habrá convencido el Gobierno de que no es tan «superficial» como se imaginaba la excitación producida entre los contribuyentes por los nuevos presupuestos.

Ahí están los motines sangrientos de Zaragoza, Valencia, Sevilla, Murcia, Granada, etc., como demostración de cuál es el espíritu del comercio en toda España.

Todavía está á tiempo el Gobierno de rectificar su conducta y evitar nuevos y mayores conflictos.

Gobernar es transigir. No lo olvide el Sr. Silvela.



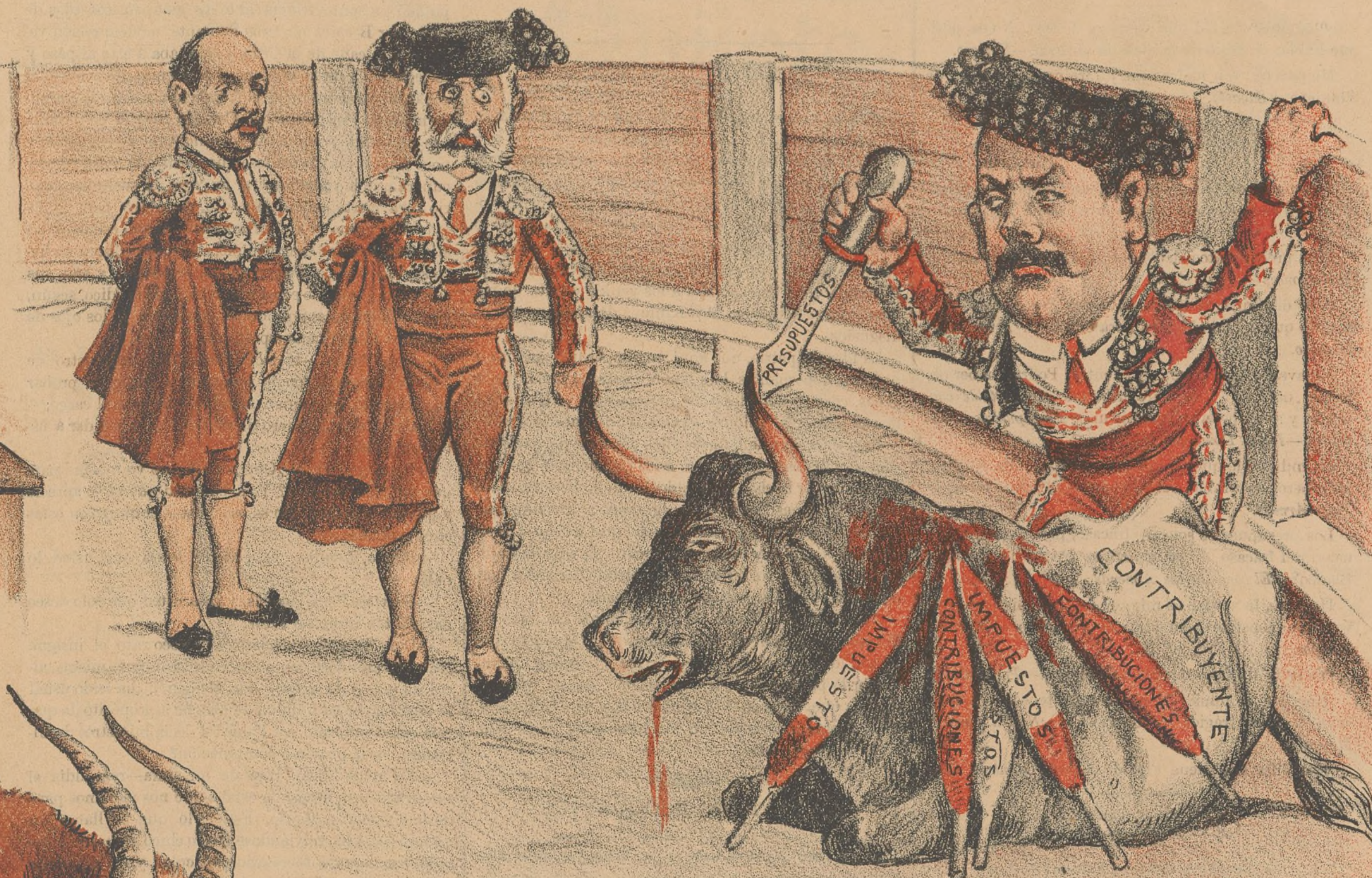
# DON QUIJOTE



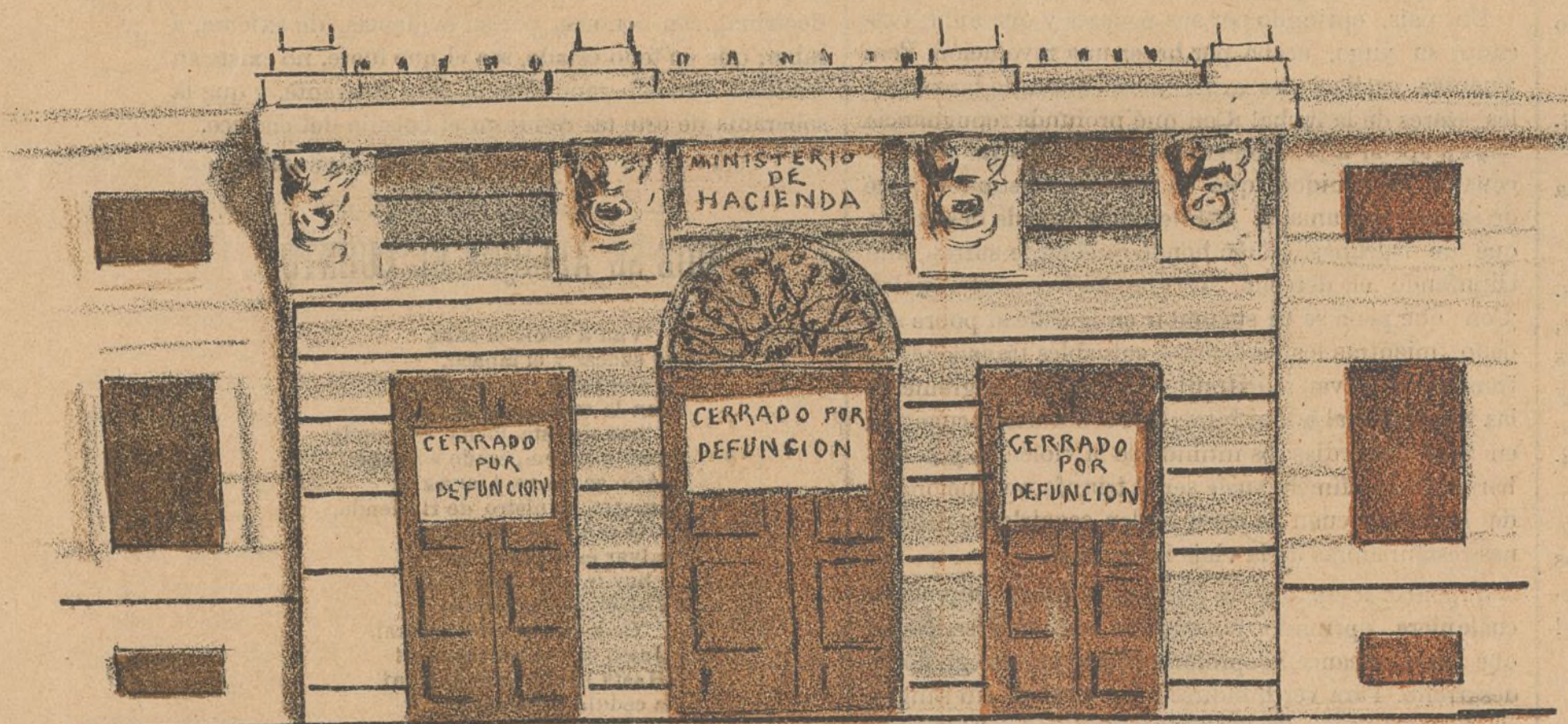
Sabran ustedes que ha sido denunciado el último número de Don Quijote.  
¡Y viva la libertad de la prensa!



Escribiendo los presupuestos.



La puntilla.



Cierre general.



Extrayendo la última gota de leche.



Caballeros, ¿se pue vivir?



Lo que nos espera.

¡No lo entiende usted! ¡No lo entiende usted!

Lit. de la Viuda de M. Bautista. Jesús del Valle. 22



## ¿QUÉ OPINA USTED DE LOS PRESUPUESTOS?

¿Qué quiere usted que opine yo de eso... No es posible hablar en serio de la obra de un loco.—*Romero.*

Me parecen tan malos, que jurara que eran obra de Gamazo.—*Sagasta.*

Paréceme que el joven Villaverde, se dedica á jugar al ganapierde.

*Cavestany.*

Supongan ustedes lo que pensaré yo de los presupuestos, siendo como soy diputado por Zaragoza.—*Morot.*

Esos presupuestos deben ser cosa de Mataix.—*C. de Romanones.*

Salir de Puigcerver para entrar en Pozo Rubio, es lo mismo que salir de Málaga para entrar en Malagón.—*Gamazo.*

Villaverde desconoce sus talentos. Podría haber obtenido un éxito literario escribiendo un *Arte de enamorar*, y se empeña en escribir unos *Presupuestos* detestables.—*López Domínguez.*

Es indudable que el ministro de Hacienda sabe sumar; pero, en cambio, debe habersele olvidado restar.—*Vega Armijo.*

Los presupuestos son un fracaso; pero ¿qué me dice usted del fracaso de los generales Primo de Rivera y Blanco?—*El conde de las Almenas.*

Hombre, la verdad, á mí no me parece bien que gravén tan considerablemente los alcoholes.—*Martínez Campos.*

¡Ya se lo dirán de misas al Gobierno!—*Paraiso!*

¡Horrible síntoma! El contribuyente español hace suya la frase trágica de Cherubini: *¡Non ti pago!*—*Maura.*

¡Ese Villaverde tiene algo de Meco!—*Montero Ríos.*

## QUISICOSAS

Según cuentan, en España hubo un ministro de Hacienda que, para sacar dinero, quería que se impusiera contribución por rascarse, por reír, por gastar medias, por fumar, por beber agua y hasta por echar la siesta. Y al objetarle un soltero: —¿Por qué no impone vucencia un duro por cada niño que en España la luz vea? replicó:—Porque mi esposa da á luz con mucha frecuencia.

Tenía un alcalde un burro que, no sé cómo, una tarde, de la casa Ayuntamiento hizo añicos los cristales. Y un edil gritó: «¡Los vidrios será el pueblo quien los pague, á pesar de haberlos roto el borrico del alcalde!»

No tiene el Gobierno un cuarto; pero sí quiere el Gobierno que en las arcas del Tesoro haya de sobra dinero, sin gravar en lo más mínimo al pobre y sufrido pueblo, eche á cajas destempladas á esos zánganos hambrientos que no trabajan y viven á costa del presupuesto.

Sirvela, en cierta ocasión, gritó: ¡Regeneración! Mas Sirvela cogió el mando, y España se está quedando como el gallo de Morón.

VICENTE RUBIO.

## DESAHOGO

Si los dones del espíritu se hallan en razón directa á los encantos que la Naturaleza acumula con prodigalidad generosa, tierra es la nuestra donde las obras de la inteligencia creadora deben tener la más esplendente y sugestiva manifestación.

Luz, color y armonía por todas partes. El artista, el poeta y el sabio conciben bajo la dulce compresión estética de esta trilogía los bocetos de sus producciones futuras.

Así lo quiere la Providencia, iluminando con un rayo de esperanza los negros pesimismo del alma nacional.

Cuando esto se piensa, un grito de protesta sale del corazón, grito que repercute como un canto revolucionario en todos los pechos libres, grito que parece un himno de amor, una loa á la fraternidad humana. Y esa protesta, que es un símbolo de fe, una bandera de lucha, un programa de gloria, puede sintetizarse en estas palabras:

—Mientras haya luz, color, armonía, vida... será en vano tratar de aprehender la inteligencia con las cade-

nas dogmáticas de los siglos medios. El espíritu irá con la libertad. ¡Y que le echen Polavieja!

J. MARCIAL DORADO.

## LOS FILIPINOS

¡Buena lección estamos recibiendo en Filipinas desde que no ondea allí la bandera española!

Los tagalos, ese pueblo que era una manada de monos, según los infalibles descubrimientos de la prensa madrileña que tenía el monopolio del patriotismo vocinglero é infecundo; esa raza semisalvaje, sin tanto gobierno ni tanto generalato como nosotros, y que no cuenta siquiera con una espada napoleónica como la de Polavieja, sabe tener á raya á los yanquis y trata de potencia á ptencia con Mac-Kinley, dándole no pocos disgustos.

La idea de patria, que aquí se ha perdido gracias á nuestros gobernantes, late potente entre aquellos indígenas, comunicándoles una entereza sana y vigorosa de la que aquí, ¡ay!, sólo conservamos un lejano recuerdo.

Esas manadas de hombrecillos de color de aceituna y ojos oblicuos, nos enseñan á los españoles lo que debíamos haber hecho. Aguinaldo, un indio barbilampiño con los faldones fuera y una ignorancia graciosísima, demuestra valer más, mucho más que los que rigen nuestros destinos y como pavos reales, de soberbio plumaje y escaso seso, van por ahí luciendo dorados y bordados en todas las costuras de su casaca.

Aún habremos de darnos por contentos con que los filipinos no tengan marina. Porque con el curso que siguen los sucesos, ellos hacia arriba y nosotros rodando por la pendiente de la degradación, podría darse el caso de que vinieran á descubrirnos y conquistarnos, como Legazpi lo hizo con sus bisabuelos en la feliz época del taparrabos.

## PERO ESOS ESCOLAPIOS!

*El Porvenir Navarro* hace en su último número gravísimas revelaciones sobre ciertos sucesos de carácter escandaloso ocurridos en el colegio de Padres Escolapios existente en Pamplona.

Razones de verdadera moral—no de la moral nea que practica este Gobierno—nos impiden hablar claro en este asunto.

Pero conste que creemos, como *El Porvenir Navarro*, en la necesidad de que los tribunales de justicia intervengan para la depuración de esos hechos vergonzosos y para el castigo de esos *padres... Flaminios.*

Pero ya verá el querido colega cómo el reverendo Durán y Bas no opina del mismo modo que nosotros.

## UN CHICO LISTO

Salió de cualquier parte, de un pueblo de una capital de provincia, de una callejuela de Madrid, y sin otras condiciones morales de importancia que su ductilidad maravillosa y su desparpajo á prueba de humillaciones y desprecios, consiguió meter la cabeza, no sin hacerse antes chichones mayúsculos en la dignidad, en un periódico de gran circulación.

Y ya tienen ustedes á Pepe Ruiz, como le llamaban entonces, al Excmo. Sr. D. José Ruiz Pérez, como le llaman ahora, hecho todo un periodista y tomando café en el inmediato al salón de conferencias del Congreso.

Pepe Ruiz era un chico perseverante, conocía á fondo, mucho más á fondo que la ortografía y la sintaxis, el país en que había nacido, los ministros con quienes se codeaba á diario y el modo de ser una autoridad en ambas Cámaras; pues para el caso de catar hombres y de medir inteligencias, lo mismo sirve un diputado que un senador por derecho propio.

Pepe no entendió nunca, y presumo que ahora seguirá ocurriéndole lo mismo, gran cosa de nada. En política reducíanse sus conocimientos á saber el número de decretos que firmaba al día el ministro del ramo correspondiente á sus investigaciones, quién estaba para entrar y quién para salir, qué se murmuraba entre los descontentos y cuántas horas de duración habían de tener las sesiones de Cortes; á esto y á llevar apuntados en su memoria, mejor que lo están en la *Guía Oficial*, los apellidos de todos los prohombres de España, y á saludarlos con franqueza de íntimo amigo, limitábase la ciencia del sujeto. De arte no hay que hablar; confundía á Campoamor con Carulla, á Pérez Galdós con Torcuato Tárrega, á Echegaray con Pina, á Vico con Mesejo, y claro es que su literatura corría parejas con sus confusiones; lo cual no le impedía hacer de vez en cuando su *revista* de teatros y su *crítica impresionista* de la última obra publicada.

Todos los redactores que pensaban y discurrían con inteligencia en el periódico, burlábanse de Pepe Ruiz; pero él, sin darse por entendido de tales burlas y bur-

lándose acaso para adentro de sus burladores, seguía su camino y entraba en el Congreso con ínfulas de diputado presunto y lucía ante los estupefactos ojos de cualquier Becerra un *terno* flamante, modelo recién venido de la calle de la Cruz, y saludaba á este al paso y estrechaba la mano de aquel y le sacudía los motas del gabán al ministro de la Gobernación, y sonreía humildemente al Presidente del Consejo cuando contestaba con un bufido á alguna de sus indiscretas preguntas, y poco á poco iba abriéndose hueco entre la masa rural y cunera que le rodeaba; y al fin, con un suelto laudatorio para cierto personaje y otro depresivo para el de más allá, y una de cal y canto para el que estaba entre si me caigo ó me tengo en pie, consiguió el hombre hacerse respetable, así como suena, respetable, y eran sus cuartillas aurora de esperanza ó anuncio fatídico, según, elogiándolos ó denigrándolos, aparecían á los ojos de nuestros subeminentes políticos.

—Don Fulano—le decía Pepe á un exministro de esos que fueron al poder porque sí, y luego de probar su ineptitud continuaban siendo aptos para el cargo; —D. Fulano, en el número de mañana le voy á dar á usted un *palito*.

—Pepe, ¡por Dios! ¿Qué le he hecho yo á usted para que me trate tan mal? Ya sabe usted que yo le aprecio y que no le olvido. No se meta usted conmigo en estas circunstancias.

—Buéno, hombre, lo quitaré. Basta que usted lo pida.

—Gracias, Pepe, gracias, y crea usted que sólo deseo pagarle tan inmenso favor.

—Don Mengano—exclamaba á poco rato el insigne Ruiz, encarándose con otro exministro de la misma alcurnia que el de antes:—don Mengano, ¿ha leído usted lo que digo en el número de anoche á propósito de que está usted indicado por Fabié (él decía ministro) de Ultramar, en la próxima combinación?

—No he de leerlo, Pepe de mi alma—respondía el *ex*,—ya lo creo; deseando estaba que nos viésemos para darle á usted un abrazo. ¡Esto es lo que se llama un amigo!—añadía volviéndose á otro chico listo que le seguía, con cara de secretario particular y de aspirante á yerno político de su excelencia.

Con los hombres de verdadero mérito usaba Pepe otro sistema. Haciale comprender su *mundología* que si una inteligencia superior se ríe de los Ruices y de lo que los Ruices puedan hacer en contra suya, es siempre—porque en esto sí que todos somos iguales—accesible por la adulación y por el servilismo; de estos dos medios se valía Pepe para captarse, ya que no el aprecio, la buena voluntad de las ocho ó diez personas de talento que, apurando la requisa, pueden entresacarse en el montón de los políticos al uso.

—¡Qué hermoso discurso ha pronunciado usted ayer tarde!—gritaba Ruiz á voz en cuello.—¡Eso es hablar! ¡Hombres como usted hacen falta en este país! ¡Bravo, don Perengano, admirable!

Y don Perengano, sin ver de qué incensario venía el incienso, lo aspiraba con gusto, dando un apretón de manos á aquel chico tan humilde, tan cariñoso, amante de su oratoria y dispuesto, por admiración, á limpiarle las botas en caso de necesidad.

Así vivía Pepe, y mientras sus compañeros escribían hermosos artículos que, por ir sin firma, les privaban hasta del éxito, mientras dirigían la opinión ó confeccionaban el periódico, mientras los noticieros de verdad se limitaban á dar noticias y á comentarlas sin adular á nadie, él continuaba su rumbo por el salón de conferencias, y una mañana se supo que el ignorante, el inepto, el antisintáxico y antiperiodístico Pepe Ruiz salía diputado ministerial por un distrito al que no estaba unido ni siquiera por vínculos de conocimientos geográficos.

Y fué diputado, y secretario particular de un mamaracho con cartera, y gobernador luego, y subsecretario después, y hoy se pavonea por esas calles y mañana puede que le veamos de ministro de la Corona.

Después de todo, de la madera de Pepe Ruiz han salido muchos tarugos con destino á consejeros responsables.

JOAQUÍN DICENTA.

## BIBLIOTECA DE "DON QUIJOTE,"

En prensa:

POLAVIEJA

POR

PEDRO BARRANTES

ILUSTRACIONES de ROJAS

Precio: 20 céntimos.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.